

# La sátira del coleccionista y del anticuario. Narración y representación

CARLOS REYERO  
Universidad Autónoma de Madrid

En 1838, un artículo del *Semanario Pintoresco Español*, concebido con fines divulgativos, informaba de los lugares del cerebro donde se ubican, según las teorías del frenólogo Franz Joseph Gall, entonces en boga, determinadas «funciones morales». A ambos lados de la cabeza, sobre cada una de las orejas, aparecen delimitadas y marcadas con el número ocho dos zonas correspondientes al instinto de la

adquisividad, codicia, deseo de adquirir, propensión a hacer provisiones, colecciones, etc. Este órgano, excesivamente desenvuelto, produce la propensión al robo. Según sus diferentes grados y la combinación en que se encuentra con los demás es de industria, de avaricia o de rapiña. Así puede encontrarse en la cabeza de un coleccionista o en la de un usurero, en un buscavidas o en un administrador, en un mercader o un logrero.<sup>1</sup>

El coleccionismo, pues, es interpretado en el ámbito de la mediana cultura como un instinto que podía manifestarse tanto de forma positiva como negativa. Su consideración social, de hecho, oscila entre la *noble* afición y la *enfermiza* manía. Este deslizamiento hacia lo maniático acabó por imponerse en las últimas décadas del siglo XIX.<sup>2</sup> El proceso tuvo que ver con la creciente

1. «Frenología». *Semanario Pintoresco Español*, 11-11-1838, pág. 772.

2. «La manía coleccionista». *La Hormiga de Oro*, 15-1-1884, pág. 39. El análisis de la *manía* continúa en los números siguientes.

obsesión entre las clases medias por reunir objetos a los que no se daba un valor estético ni de prestigio comparable a la escultura o la pintura, como las monedas, los sellos, las cajas de cerillas, las tarjetas postales o los exlibris.

Pero la mirada sarcástica hacia anticuarios y coleccionistas había comenzado mucho antes, en paralelo a la reiterada presencia, en relatos e imágenes, de *amateurs* y *connoisseurs* que hacían alarde su buen gusto y de su distinción a través de la posesión de obras de arte, ya fueran piezas de la Antigüedad o cuadros modernos, con la pretensión de emular, en cierto modo, a los museos. En España, los términos anticuario, como experto en antigüedades y aficionado a reunirlos,<sup>3</sup> y colector o coleccionista, que tiene un carácter más genérico, se utilizaron, en ocasiones, indistintamente.<sup>4</sup> Enseguida, sin embargo, el vocablo anticuario se reservó para designar a la persona que comerciaba con objetos viejos de distinto valor, aunque su figura permaneció asociada al coleccionista, por cuanto este se alimentaba de lo que aquel le proporcionaba.<sup>5</sup> Si bien, en muchas ocasiones, la literatura<sup>6</sup> y sobre todo la historiografía artística han configurado una imagen idealizada del coleccionista, en la medida que ha sabido reunir en torno a sí objetos de belleza exquisita, otras muchas veces ha sido blanco de la sátira, como, por lo general, lo ha sido siempre el anticuario.

La ridiculización del anticuario y del coleccionista en la caricatura y el humor gráfico es inseparable de un imaginario visual y literario paralelo, tanto enaltecedor como crítico, que comenzó a desarrollarse a fines del siglo XVIII. Gracias al desarrollo de la prensa ilustrada, sobre todo la concebida para el entretenimiento, esta visión satírica se popularizó un siglo después, entre finales del XIX y los años treinta del siglo XX. El desconocimiento, la incompreensión y el enriquecimiento siempre derivan en recelo. Los dibujantes comenzaron fijándose en la obsesión de los expertos por mirar y en sus veleidades lujuriosas. Escritores y humoristas descubrieron cuánto había de pose pretenciosa en la acumulación de cualquier tipo de objetos. Atención singular dedicaron a las mujeres inclinadas por esta afición. Al tiempo que los

3. La edición de 1817 del *Diccionario de la lengua castellana* define *anticuario* como «el que hace profesión o estudio particular del conocimiento de las cosas antiguas». No figura en aquella edición la palabra *coleccionista*, pero sí *colector*, con el significado que damos a aquel término. A mediados de siglo se habla de un coleccionista cuyos cuadros se ponen en venta (véase *Diario Oficial de Avisos*, 19-10-1860).

4. *La España*, 31-7-1853. En Cataluña se califica de *antiquari*, por ejemplo, a Eduardo Toda (véase: *L'Esquella de la Torratxa*, 25-6-1887, pág. 337).

5. Nogués, 1890.

6. Isla, 2014: 186 y 290.

coleccionistas fueron interpretados como individuos tacaños y raros, el comerciante de antigüedades tendió a ser percibido como un farsante.

### La sátira de la mirada

Las primeras imágenes satíricas del coleccionista y su entorno parodian sus formas de comportamiento. La agudeza que el experto revela al mirar se transforma en pose impostada. Como se ha señalado, se critica al *connoisseur* porque «sus conocimientos eran sesgados y más aparentes que reales». <sup>7</sup> Seguramente también porque la experticia de obras de arte ha sido vista siempre como una tarea intuitiva y escasamente científica. Desde el exterior, lo que resulta visible del que sabe es únicamente su sofisticada forma de mirar. Por eso se colocó en la diana de los caricaturistas. En un grabado británico que representa una reunión de expertos en la venta de pinturas, <sup>8</sup> aparece todo un repertorio de miradas ridículas que desacreditan a quienes asisten a la subasta, cuyo aspecto no resulta menos impropio de individuos que se tienen por exquisitos.

El propio coleccionista que, embelesado en sus piezas, se recrea en ellas es objeto de burla, al tiempo que se ridiculiza la supuesta exquisitez de las obras de su galería. James Gillray se mofa de Sir William Hamilton, a quien, con toda crueldad, caracteriza como un viejo decrepito que observa su colección de antigüedades, carente de cualquier idealismo clásico, con unas gafas del revés; <sup>9</sup> o de George Moreland, en una litografía titulada *Expertos que estudian la colección de George Moreland*, donde se ríe de su insaciable demanda de escenas rurales y sentimentales. <sup>10</sup>

Algunas caricaturas que representan coleccionistas concretos pueden interpretarse como bromas simpáticas que han de comprenderse en el marco de su celebridad social, como los actores, actrices, escritores, artistas, políticos o emprendedores. Es el caso, por ejemplo, de la que representa a Josep Estruch, realizada por Josep Parera, en la que no se aprecia ninguna burla al individuo. <sup>11</sup>

7. Furió, 2008: 72.

8. Wilson, a partir de Pugh, *A collection of Connoisseurs at a Sale of Pictures*, 1772 (véase Furió, 2008: 73-74).

9. *A cognoscenti contemplating the Beauties of the Antique*, 1801 (véase Furió, 2008: 135-137).

10. Godfrey, 2002: 198 y 200.

11. Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya. Véase Bassegoda, 2010: 25. Sobre caricaturas de otras figuras públicas, algunas relacionadas con el patrocinio de las artes, véase también Espinosa Martín, 2013, y Ortoll, 2016.

La ridiculización, cuando existe, suele hacerse de forma genérica. En Francia, Louis Léopold Boilly, en la litografía titulada *Los aficionados a los cuadros* (1824), se ríe de los supuestos expertos, con sus lentes, gracias a las cuales son capaces de analizar hasta el último detalle. Aparecen caricaturizados como individuos desconfiados y codiciosos.<sup>12</sup> Más tarde, Honoré Daumier, en las distintas imágenes que tratan temas del mundo del arte, ironiza sobre aficionados y coleccionistas como minuciosos escudriñadores a los que no se les escapa nada. Dentro de la serie *Les Bons Bourgeois* nos encontramos, por ejemplo, con una litografía titulada *Un verdadero aficionado*, donde se ve a un burgués, con una lupa, observando los detalles de un cuadro. Se ha interpretado como un testimonio del pobre interés por la ejecución precisa del mundo académico.<sup>13</sup> En otra litografía ambientada en una casa de subastas, un experto lo ve todo negro mientras el subastador le dice que es un daguerrotipo del emperador zulú.<sup>14</sup>

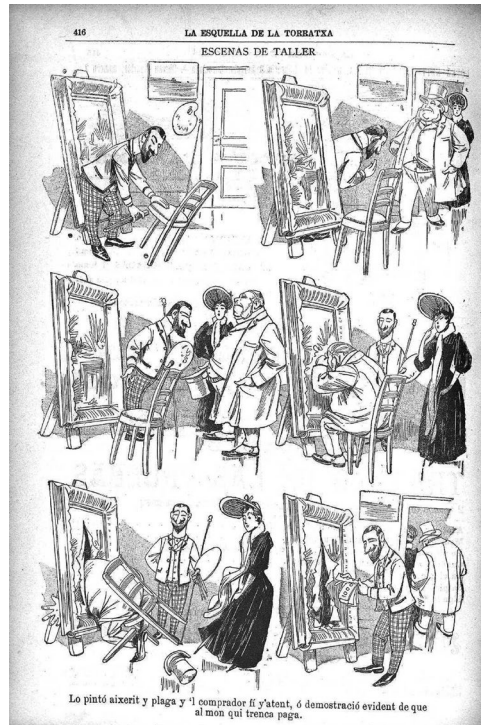


FIGURA 1. «Escenas de taller», *L'Esquella de la Torratxa*, 29-6-1984, pág. 416.

12. Guédron, 2011: 201.

13. Publicado en *Le Charivari*, 16-5-1847. Véase Passeron, 1979: 270 (núm. 202).

14. Publicado en *Le Charivari*, 16-4-1859.

Las historietas que se publican en las revistas humorísticas también se fijan en *la manía observadora* del coleccionista: en una ellas, el pintor, sabedor de que el posible comprador de su obra se acercará a analizarla de cerca, hace que se caiga de la silla en la que se sienta y rompa el lienzo, por lo que queda obligado a pagarla. La dama que le acompaña también se cala los impertinentes.<sup>15</sup>

En un cuento de los años veinte se ironiza sobre el modo de mirar del duque de Cobalto, que es coleccionista, cuando le presentan un paisaje:

El duque se colocó como a seis metros del cuadro; lo miró, primero cerrando el ojo derecho; luego, el izquierdo; luego, poniéndose una mano en forma de pantalla; luego en forma de canuto; luego, torciendo la cabeza; por último, dando carteritas en todas direcciones, sin quitar la vista del paisaje.

Ante el asombro suscitado, se ve obligado a explicar su actitud: «Así se miran las obras artísticas en Alemania. Yo soy germanófilo. ¿Y usted?».<sup>16</sup>

### Curiosidad lujuriosa

Las imágenes de cuerpos desnudos siempre han despertado recelos morales. Quien está fuera del mundo del arte suele ser reacio a aceptar que la admiración de una belleza ideal constituye un placer estético sublimado. Por eso, la sátira gráfica ha dedicado especial atención a la mirada lúbrica del coleccionista de desnudos, cuya contemplación provoca un impulso erótico real. En los *Connoisseurs*, de 1799, Thomas Rowlandson<sup>17</sup> se fija en unos aficionados ridículos y ancianos que dirigen sus miradas lascivas hacia una pintura que representa Venus y Cupido. Los otros cuadros que cuelgan en las paredes de la estancia, entre los que se reconoce el tema de *Susana y los viejos*, también son desnudos, lo que hace pensar que el verdadero interés del coleccionista y sus amigos no tiene que ver con la pureza del arte. En *La galería de pintura de Mr. Michell en Grove House*, Rowlandson aborda de nuevo un argumento parecido: presenta una sala saturada de cuadros de desnudos femeninos, a donde acuden tres hombres grotescos en compañía de una criada, como si fueran a pronunciar un juicio implacable.<sup>18</sup>

15. «Escenas de taller». *L'Esquella de la Torratxa*, 29-6-1894, pág. 416.

16. *Buen Humor*, 2-3-1924, pág. 21

17. Un ejemplar de esta estampa en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York.

18. Yale Center for British Art. Véase Baskett-Dudley, 1977: 57 (núm. 26).

De manera menos sofisticada, un imitador del estilo de Rowlandson, en la estampa titulada *Un connoisseur en Brokers Alley*, presenta al aficionado que, en la visita a un puesto de trastos viejos, se fija en una pintura con marco dorado en la que aparecen varios desnudos femeninos, ante la mirada complacida de unas muchachas, como si se tratara de un cebo para atraer su atención.<sup>19</sup>

La literatura también recurrió al coleccionismo de desnudos para caracterizar el gusto de determinados personajes. En *La sombra*, de Galdós, el doctor Anselmo se obsesiona con el personaje de Paris, que escapa del cuadro:

Mi padre poseía una buena colección de cuadros un tanto licenciosos. Abundaban las desnudeces provocativas, casi deshonestas; había *jardines de amor*, *bacanales*, festines campestres y *tocadores de Venus*. El fundador de tal galería fue gran epicúreo y gustaba de recrearse en aquellos mudos testigos y compañeros de sus orgías. Entre estas pinturas, había una que sobresalía y cautivaba la atención más que las otras; representaba a Paris y Helena [...]. Siempre creí ver algo de viviente en aquella figura, que a veces, por una ilusión inexplicable, parecía moverse y reír.<sup>20</sup>

Don Lope, en la novela *Tristana*, se desprende de sus cuadros y armas antiguas, pero mantiene «su colección de retratos de hembras hermosas, en los cuales había desde la miniatura delicada hasta la fotografía moderna en que la verdad suple al arte».<sup>21</sup> En Galdós, esta referencia tiene connotaciones lúbricas. Sin embargo, cuando Jacinto Octavio Picón caracteriza la personalidad de Juan de Todellas en *Dulce y sabrosa*, se empeña en desligar esa pasión de un contenido lascivo:

El principal adorno de sus habitaciones es una preciosa colección de estatuillas, dibujos, aguafuertes, fotografías y pinturas, en que se refleja la pasión que le domina. Allí todo habla de amor. Hay reproducciones de las Venus más célebres, efigies de santas que amaron, como Magdalena y María Egipciaca; copias de las cortesanas y princesas desnudas, inmortalizadas por los pintores del Renacimiento italiano; miniaturas y pasteles de damas francesas, deliciosamente escotadas; mujeres adorables, que fueron hermosas hasta en la vejez, ruinas de la galantería, mártires de la pasión y sacerdotisas de la voluptuosidad; pero sin que figure en aquel precioso conjunto de obras artísticas ninguna que sea de mal gusto, o tan libre que haga repugnante el amor, en vez de presentarlo apetecible. No: don Juan aborrece la obscenidad y la grosería tanto como se deleita en la belleza y en la gracia. Ni en

19. Ejemplar en el British Museum de Londres, 1948, 0214.446. Véase Robinson, 2017.

20. Pérez Galdós, 2003: II, 196–197; Isla, 2014: 177.

21. Pérez Galdós, 1892: 24.

los más recónditos secretos y escondrijos de sus muebles podrá encontrarse una fotografía desvergonzadamente impúdica.<sup>22</sup>

En el humor, la presencia del erotismo es reiterada. A veces se utiliza para ridiculizar al coleccionista frente al pintor. En una viñeta de Louis Jou, titulada *Escuela naturalista*, el pintor pretende hacer ver al comprador la delicadeza del cuerpo que ha pintado. Sin embargo, el coleccionista prefiere coquetear con la modelo utilizada: «Ja ho crec, burrango!... De primera!... ¡Una obra maravillosa!»,<sup>23</sup>

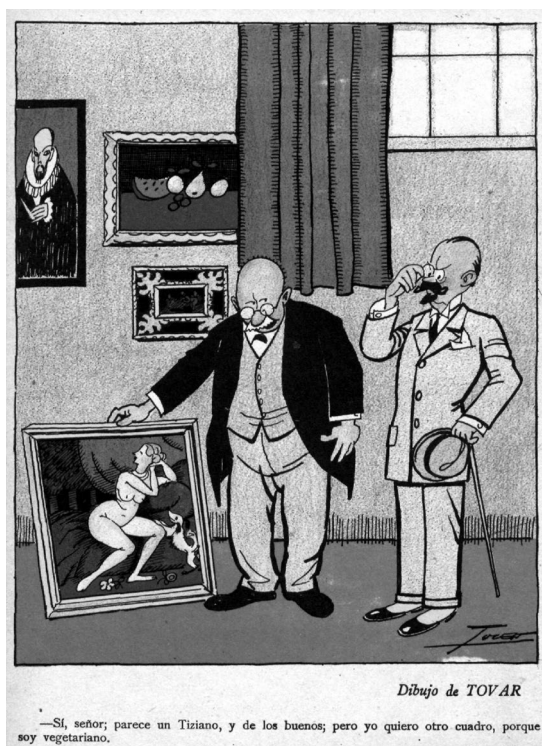


FIGURA 2. Manuel Tovar y Siles, «Sí, señor, parece un Tiziano...», *Gutiérrez*, 21-5-1927, pág. 27.

Otras veces, se ironiza sobre el excesivo pudor del comprador: a un coleccionista le ofrecen un desnudo de Tiziano, pero no le interesa porque es vegetariano.<sup>24</sup>

22. Picón, 1915: capítulo I; Isla, 2014: 290.

23. *L'Esquella de la Torratxa*, 26-1-1912, pág. 65.

24. Dibujo de Manuel Tovar y Siles. *Gutiérrez*, 21-5-1927, pág. 27.

## Pretenciosos e ignorantes

Desde el siglo XVIII y a lo largo del XIX se hicieron muy populares las recreaciones históricas en las que aparecían mecenas y coleccionistas en los talleres de los artistas. En ellas se destaca su papel con la intención de hacer ver el respeto que les merecen los creadores y la importancia que cobra su apoyo, sin el cual el arte no se hubiera desarrollado. Tales asuntos empezaron a parodiarse muy pronto. Un dibujo atribuido a Pier Leone Ghezzi ridiculiza a los aficionados que se pavonean en el estudio del pintor, con supuesto ojo crítico, mientras el artista se esfuerza en complacerlos.<sup>25</sup>

En cierto modo, la caricatura funciona como desenmascaramiento de la hipocresía subyacente tras un mito social prestigiado que los nuevos mecenas tratan de emular: frente al ilusionismo de la armonía entre expertos y artistas, se revela la ambición, el desconocimiento, la intriga y la vanidad que rodea sus relaciones con el arte. En la caricatura inglesa encontramos ejemplos de lo ridículos que resultan, en ocasiones, esos individuos. James Gillray, por ejemplo, critica al marqués de Statford, importante coleccionista, por su afán posesivo en un aguafuerte de 1808 titulado *Un aficionado a la caza de pinturas una beladora mañana*.<sup>26</sup>

En España, Eduardo de Mariategui caricaturiza con crudeza un prototipo de coleccionista, al que llama Cayo Salustio Paniucci, «de ademanes llenos de afectación, voz atiplada, que modulaba con un estudio ridículo, aire afeminado y gravedad cómica en el andar»; de su físico, destaca sus «labios finos, siempre plegados por una sonrisa indecisa y sin causa»; y de su manera de ser, una «educación superflua, tan indispensable en sociedad» y «un lenguaje plagado de galicismos e italianismos, no descuidando siempre que podía un *Good morning* o *good night*». En realidad, se trata de un pretencioso, pues no se trata más que de un coleccionista de sellos que, cuando descubre que algunos son falsos, empieza a reunir cajas de cerillas. Como en otros casos, el tipo de objetos coleccionados es decisivo para su ridiculización. El conde viudo de Torre-fuentes, que tiene un gabinete de antigüedades y colecciona monedas antiguas, le ofrece la mano de su hija, pero descubre que es un impostor. Concluye que «nada hay peor ni más indigesto en el mundo que el coleccionista».<sup>27</sup>

25. Viena, Academie der bildenden Künste. Hofmann, 1958: 80 (lám. 16).

26. Baskett-Snelgrove, 1977: 196 (núm. 180A). La versión impresa se tituló *Mecenas en busca de Bellas Artes; escena del Pall Mall; una mañana beladora*. Véase Furió, 2008: 135.

27. Rudheriq Al-Magheritiy, 1972: 193-215.

En Barcelona, se caricaturiza al alcalde de Barcelona Manuel Porcar i Tió como un pretencioso «protector de l'art», a causa del excesivo gasto que supuso la compra del retrato de *La reina regente María Cristina y su hijo*, de Francesc Masriera, para el Ayuntamiento, en 1892.<sup>28</sup>

En ese sentido, la literatura es pródiga en referencias a la acumulación de objetos como forma de aludir a la ostentación y falsedad de los personajes. Por ejemplo, en *La Regenta*, de Clarín, el capitán de artillería Amadeo Bedoya necesita la posesión del objeto para disfrutarlo, mientras que el marqués de Vegallana ha conseguido reunir una colección heterogénea a través de la que se representa su obsesión por el lujo, la cursilería, la ignorancia, el anacronismo y la falta de originalidad, «índice de su propia riqueza, inutilizable por su misma sobreabundancia».<sup>29</sup>

En *La incógnita*, de Galdós, novela epistolar narrada por Manuel Infante, nos habla de su tío, don Carlos Cisneros, terrateniente y coleccionista:

No sé si la pasión de mi padrino por las antiguallas es verdadera o afectada. Bien podría ser lo último, pues le tengo por hombre de esos que, movidos del orgullo, se imponen un papel con el fin de agradar o de distinguirse, y lo representan sin desmayo, llegando, con la perfección histriónica, a formarse una personalidad artificial y a subordinar a ella todos los actos de la vida.<sup>30</sup>

La adquisición del palacio de Gravelinas y la galería de Carlos de Cisneros por parte del usurero Torquemada, personaje creado por Galdós, está plagada de alusiones a su apariencia de nuevo rico. El escritor pone en boca de su esposa Fidela estas palabras:

Es un gusto poseer esas preesas históricas, y exponerlas en nuestra casa a la admiración de las personas de gusto. Tendremos un soberbio Museo, y tú gozarás de fama de hombre ilustrado, de verdadero príncipe de las artes y de las letras; serás una especie de Médicis.<sup>31</sup>

Pero los coleccionistas modernos distan mucho de ser como los Medici. Con frecuencia se les presenta como meros decoradores de sus viviendas, sin importarles la calidad de la pieza. Así caracteriza Daumier a uno de ellos,

28. *L'Esquella de la Torratxa*, 15-12-1893, pág. 790.

29. Gold, 1992: 1290.

30. Pérez Galdós, 1889: 17.

31. Pérez Galdós, 1920: 273.

preocupado por lo que mide el cuadro, más pequeño de lo que necesita.<sup>32</sup> También en España, unos señores parecen decidirse por un cuadro porque hace juego con el cortinaje.<sup>33</sup>

Un relato humorístico presenta al coleccionista de antigüedades como un ricachón ignorante: «Don Cristófol es un burro, pero aixó no priva que tinga molts diners». Su casa está llena de objetos banales, todos ellos falsos, supuestamente relacionados con hechos históricos. Sin embargo, después de su muerte, uno de los que conoce el engaño lee en un periódico que «El Museo nacional de Berlín y el Instituto de Antigüedades de Praga acaban de comprar por 1.000.000 de marcos la riquísima colección arqueológica que Mr. Entangler, distinguido profesor inglés, trajo procedente de España, adquirida a bajo precio por fallecimiento de su propietario D. Cristóbal Andrés Diego».<sup>34</sup> Doble engaño, pues, que sirve para reírse de quien da por buenas las patrañas del arqueólogo.



FIGURA 3. Manuel Urda Marín, «¡Es asombroso...!», *Buen Humor*, 29-3-1931, pág. 9.

32. *Le Charivari*, 12-10-1846.

33. *El Museo Universal*, 1860, pág. 336.

34. Xavier Alemany, «L'antiquari». *L'Esquella de la Torratxa*, 4-12-1889, pág. 788-790.

La falsificación lleva a ironizar sobre las supuestas colecciones heredadas de la familia: un caballero se asombra del parecido que su interlocutor presenta con los retratos de sus antepasados, a lo que responde: «Claro, como que le dije al pintor que si no se me parecían no se los pagaba».<sup>35</sup>

Uno de los argumentos recurrentes del coleccionista pretencioso, reflejados en el humor gráfico, es el deseo de poseer piezas de artistas renombrados. A veces, el chiste se resuelve mediante la resignación de la autenticidad: en una viñeta humorística de Henri Somm, el coleccionista reconoce que en su galería no hay más que cuadros de artistas desconocidos, pero, al menos, ninguno es falso.<sup>36</sup> Otras veces, hay quien prefiere un Velázquez, aunque sea falso.<sup>37</sup> En otra viñeta, el pretencioso coleccionista, con bastón y chistera, luciendo una notable barriga, se queja al pintor de que el cuadro que le entrega no es el Goya que le encargó; el artista, con cierto desdén, asegura que se ha pasado de época.<sup>38</sup> Un inglés se lleva una reproducción de *Las tres Gracias* por doscientas pesetas y el artista, después de recibirlas, le da las gracias, en un juego de palabras habitual en el humor.<sup>39</sup>

## Señoras coleccionistas

La caricaturización del coleccionista no distingue entre hombres y mujeres, aunque en todo lo referido a estas siempre hay que tener en cuenta la percepción masculina sobre el otro sexo. Muy curiosa resulta una estampa de George Spratt titulada *The Connoisseur*,<sup>40</sup> donde aparece representada una muchacha con los anteojos con manija que acostumbraban a utilizar las señoras. Su cuerpo está formado por distintas pinturas, en una tosca interpretación de los procedimientos representativos de Arcimboldo. Muestra su identidad a través de las pinturas que aprecia, aunque la imagen también sugiere una cierta burla relacionada con el desorden acumulativo.

35. Dibujo de Manuel Urda Marín. *Buen Humor*, 29-3-1931, pág. 9.

36. Dhainault, 1999: 870.

37. Dibujo de Feliu Elias, *Apa. L'Esquella de la Torratxa*, 15-4-1910, pág. 226.

38. Dibujo de Enrique Martínez Echevarría, *Echea. Buen Humor*, 6-5-1923, pág. 7.

39. Dibujo de Stilo. *Buen Humor*, 24-6-1923, pág. 26.

40. George Spratt (dibujante); George E. Madeley (grabador); Charles Tilt (editor). *The Connoisseur*, 1830, The Minnick Collection The Ethel Morrison Van Derlip Fund. [en línea] *Minneapolis Institute of Art (MIA)*.t. <https://collections.artsimia.org/art/77469/the-connoisseur-g-spratt> (consulta: 12-11-2021).

En algunos textos literarios las mujeres que coleccionan carecen de criterio estético y auténtica sensibilidad. En *La Regenta*, de Clarín, los cuadros que adornan el salón de la marquesa de Vegallana —«alegres acuarelas, mucho torero y mucha manola y algún fraile pícaro»<sup>41</sup>— evidencian su mal gusto. En dos jóvenes de Galdós el coleccionismo se presenta como una afición insana. La niña Isabelita Bringas, en la novela *La de Bringas*, «tenía la manía de coleccionar cuanta baratija inútil caía en sus manos», lo que se interpreta como una patología.<sup>42</sup> Lo mismo sucede con el personaje de Eloísa en *Lo prohibido*: de niña «gustaba de coleccionar cachivaches [...]. Reunía trapos de colores, estampitas, juguetes. Cuando ambicionaba poseer alguna chuchería y no se la dábamos, por la noche le entraba el delirio».<sup>43</sup> De mayor, sin embargo, Eloísa llega a poseer una exquisita colección de obras de artistas contemporáneos, como Palmaroli, Villegas, De Nittis, Román Ribera o Martín Rico.<sup>44</sup> No obstante, aparece como una engreída vanidosa y enfermiza. Galdós pone en boca de la propia Eloísa estas palabras:

Yo me acuesto pensando que soy la señora de Rostchild. Vas a ver... ¿Tengo un cuadrito cualquiera, antiguo, de mediano mérito? Pues sin saber cómo llego a persuadirme de que es del propio Velázquez. ¿Tengo un tapiz de imitación? Pues lo miro como si fuera un ejemplar sustraído a las colecciones de Palacio... ¿Un cacharrito? Pues no creas, es del propio Palissy... ¿Tal mueble? Me lo hizo el Sr. de Berruguete. Y así me voy engañando; así me voy entreteniendo; así voy narcotizando el vicio... el vicio, sí; ¿para qué darle otro nombre?<sup>45</sup>

El humor se burla de las señoras pretenciosas que quieren pasar a la historia con su colección de tonterías: una dama francesa se muestra satisfecha de haber legado al Estado su colección de sesenta mil «boutons de culotte», así que no se dispersarán después de su muerte.<sup>46</sup>

A una actriz «que tiene pujos y veleidades de grandeza y aristocracia [...] le dijeron, no hace mucho, que es de muy buen tono hacerse coleccionista de algo», así que decidió reunir relojes antiguos. Se obsesionó tanto por ello que

41. Clarín, 1974: 142. Véase Barón, 2001: 160.

42. Ingelmo, 2007: 30.

43. Pérez Galdós, 1885: I, 21. Citado por García, 2009.

44. Galdós precisa: «Su afán coleccionista es macho, masculino, no busca el bibelot o la pieza anecdótica o simplemente graciosa», citado por Gutiérrez, 2017: 59.

45. Pérez Galdós, 1885: I, 112.

46. Eugène Le Mouél. «Collectionneurs». *La Caricature*, 23-5-1896, pág. 165.

«ha pedido imperativamente que, cueste lo que cueste y como sea, le adquieran el reloj de Nerón». <sup>47</sup>



FIGURA 4. «A una coleccionista de tarjetas postales»,  
*Vida Galante*, 1-8-1902, pág. 5.

El coleccionismo de tarjetas postales por parte de las señoritas suele ser objeto de burla en las revistas de entretenimiento. Félix Cuquerella dedica un poema a la damisela que las colecciona, una «elegante manía» que le parece una barbaridad y para la que no encuentra explicación. <sup>48</sup> En otro, titulado «Una coleccionista», se alude a una señorita «de tarjetas postales / famosa coleccionista. / Solterona «hasta no más» / la consumen las pesetas / su colección de tarjetas». Su sobrino le toma el pelo, pero ella acaba por darse cuenta. <sup>49</sup>

47. *Muchas Gracias*, 29-9-1930, pág. 19.

48. Félix Cuquerella, «A una coleccionista de tarjetas postales». *Vida Galante*, 1-8-1902, pág. 5.

49. *Don Crispín*, 12-10-1911, pág. 5.

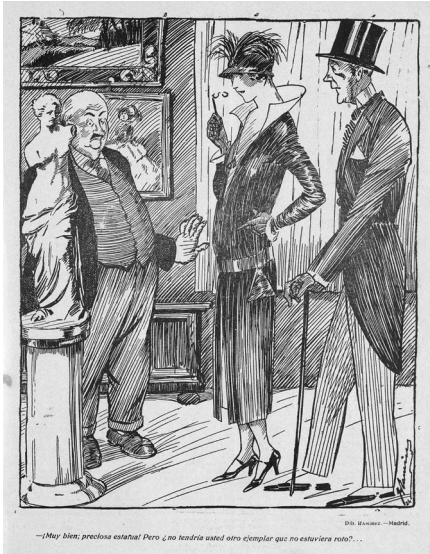


FIGURA 5. Ramírez, «¡Muy bien, preciosa estatua!...», *Buen Humor*, 13-7-1924, pág. 7.

Cuando van a comprar antigüedades suelen aparecer como ignorantes. Una señora que visita a un anticuario de Marsella «anava, amb els imperitients als ulls, d'un quadre a l'altre, posant gestes de menyspreu com si res no li agradés». De repente se fija en una tela antigua con una virgen. Dice que le gusta y el anticuario la halaga: «Ja es veu que la senyora hi entén». Le asegura que es un Rafael que vale cien mil francos. Ella dice que se lo pensará, pero, mientras tanto, le ruega que pregunte a ese tal Rafael si puede rebajarlo.<sup>50</sup> Otra confunde al vendedor del establecimiento con un ídolo chino;<sup>51</sup> y otra reclama una estatua de la Venus de Milo que no esté rota.<sup>52</sup>

## Tacaños

La caracterización del coleccionista como un individuo que escatima en exceso el gasto se encuentra tanto en la literatura como en el humor gráfico. Así describe Galdós la vivienda de Francisco de Torquemada, prototipo de avaro y usurero:

Tres piezas tan sólo [...] servían de vivienda al tacaño para dormir, para recibir visitas y para comer. Lo demás de la huronera tenía lo relleno de muebles, tapices y otras preciosidades adquiridas en almonedas, o compradas por un grano de anís a deudores apurados. No se desprendía de ningún bargueño, pintura, objeto de talla, abanico, marfil o tabaquera sin obtener un buen precio, y aunque no era artista, un feliz instinto y la costumbre de manosear obras de arte le daban ciencia infalible para las compras, así como para las ventas.<sup>53</sup>

50. C. de Pointé. «Una señora que entén amb quadres vells». *L'Esquella de la Torratxa*, 1-3-1918, pág. 149.

51. *La Caricatura*, 1-1-1893, pág. 9.

52. Dibujo de Ramírez en *Buen Humor*, 13-7-1924, pág. 7.

53. Pérez Galdós, 1893: Sobre el personaje, véase: Earle, 1967.

Las publicaciones de entretenimiento son también implacables: «El coleccionista no es más qu'una variant del avaro», se lee en *L'Esquella de la Torratxa*.<sup>54</sup> Por supuesto, los chistes al respecto son frecuentes. Un interesado por un cuadro se sorprende de que el pintor le pida veinte mil pesetas, como si se hubiera muerto hace doscientos años, dice, suponiendo, por tanto, que la antigüedad tiene un valor por sí misma.<sup>55</sup>



FIGURA 6. Josep Costa Ferrer, *Picarol*, «Gent pràctica». *L'Esquella de la Torratxa*, 31-5-1907, pág. 366.

La falta de rendimiento en la inversión en obras de arte es otro motivo para reírse de los falsos coleccionistas, que solo piensan en sacar rentabilidad: un cuadro no produce más que «corchs al marc i polys a la tela. En canvi mil pes-

54. *Almanach de L'Esquella de la Torratxa*, 1901, pág. 19.

55. *Monos*, 18-11-1905, pág. 7.

setetes al sis per cent». <sup>56</sup> Un comprador no termina de decidirse por el cuadro que le ofrece el pintor, aunque este le asegura que es una buena adquisición: «Amb 400 duros tinc quatre làmines d'Amortitzable que em produeixen un centenar de pessetones l'any». <sup>57</sup>

Los frailes de una congregación no parecen apreciar su colección de pinturas porque están dispuestos a vendérsela a los alemanes, en plena guerra mundial: ellos se contentan con los *marcos*, en uno de los habituales juegos de palabras del humor gráfico. <sup>58</sup>

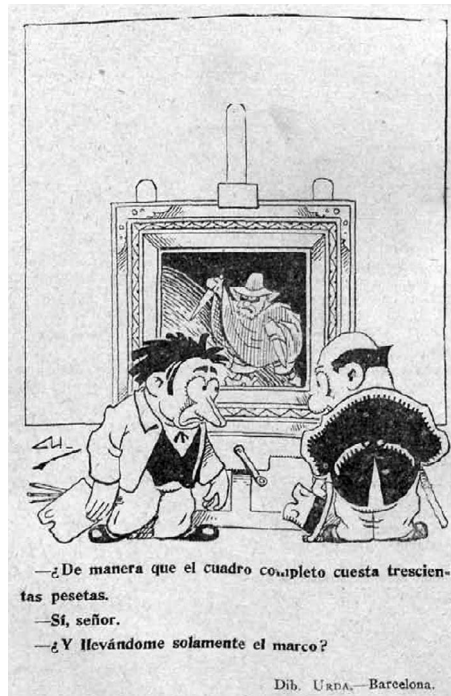


FIGURA 7. Manuel Urda Marín, «¿De manera que el cuadro...?», *Buen Humor*, 23-3-1930, pág. 4.

A un comprador le parece caro desembolsar trescientas pesetas por un cuadro, así que le pregunta al pintor si puede llevarse solo el marco. <sup>59</sup> A un artista le parece poco recibir cincuenta pesetas por su obra; dice que todavía no

56. Dibujo de Josep Costa Ferrer, *Picarol*. *L'Esquella de la Torratxa*, 31-5-1907, pág. 366.

57. *L'Esquella de la Torratxa*, 26-5-1911, pág. 325.

58. *La Esfera*, 14-9-1918, pág. 14.

59. Dibujo de Manuel Urda Marín. *Buen Humor*, 23-3-1930, pág. 4.

está muerto de hambre y el comprador asegura que está dispuesto a esperar.<sup>60</sup> Un pintor ofrece un cuadro por la mitad de lo que consta en catálogo y el comprador pregunta por el precio del catálogo.<sup>61</sup> Un artista deja barato su obra vanguardista, pero exige que sea pagada al contado; el comprador responde que él también es futurista.<sup>62</sup> El cliente se niega a pagar el cuadro por adelantado, por si el artista se muere, pero este asegura que es «demasiado honrado para hacer eso».<sup>63</sup> Todos estos coleccionistas de pacotilla tienen ya una edad y visten con cierta extravagancia pretenciosa.

### Raros y obsesivos

La rareza es un lugar común en la caracterización del coleccionista. Galdós afirma que «la monomanía puede ser perniciosa, porque todo el tiempo es poco para ella». El coleccionador puede «volverse loco y volver loco a cuantos le rodean [...] no se verá nunca libre del ansia de poseer rarezas ni del tormento que le produce el verlas en otras manos». Hay quienes «se han convertido en criminales» o se «han gastado toda su fortuna y algo más en almacenar objetos de antaño».<sup>64</sup>

Referencias de ese carácter aparecen en todo tipo de relatos y artículos de prensa. En un folletín publicado en un periódico de 1852 titulado el *mezzo matto* se explica que tal nombre «se da en primer lugar a todo individuo preocupado con una manía o con una idea fija cualquiera: el coleccionista, el aficionado a pintura».<sup>65</sup> Incluso en publicaciones cultas se reconoce que «para muchas personas [...] el coleccionista [...] es un ente singular más o menos poseído de una manía peligrosa o simplemente ridícula. Los más tolerantes [...] suelen dispensar del calificativo de maniático al coleccionista de esculturas, cuadros, estampas y medallas o monedas».<sup>66</sup> En revistas de arte se asume que «el coleccionista es, por regla general, un hombre cuerdo que domina todas sus pasiones, excepto una, la pasión de coleccionar».<sup>67</sup>

60. *Buen Humor*, 9-12-1923, pág. 26.

61. Dibujo de Basilio. *Buen Humor*, 21-12-1924. Portada.

62. *L'Esquella de la Torratxa*, 3-2-1928, pág. 79.

63. Dibujo de Vázquez. *Buen Humor*, 9-11-1930, pág. 10.

64. Pérez Galdós, 1923: 197-198.

65. «El mezzo matto. Recuerdos de la vida siciliana». *El Diario Español, Político y Literario*, 18-6-1852.

66. J. Güell, «Los autógrafos». *Revista Europea*, 9-4-1876, pág. 235.

67. *La Ilustración Artística*, 8-5-1886, pág. 154

Las publicaciones de humor son aún más sarcásticas con las obsesiones coleccionistas: «Hi ha antiquari que d'un duro / N'ha pagat un dineral / Y que ha fet hasta viatges / Per trobar un xavot estrany; / quin afany!...».<sup>68</sup> Un ladrón de pañuelos, protagonista de un cuento, resulta que los roba porque es coleccionista: «Ya sabe usted que el coleccionista en la mayoría de los casos es un loco, un fanático...».<sup>69</sup> Un artículo dedicado a «las estúpidas manías de la humanidad» incluye, entre ellas, «la afición a las *antiquités*», que forma parte de «la tontería coleccionista»; y explica: «El aficionado a las antigüedades [...] reúne muebles, alhajas, ropas y efectos en estado de birria y de empolvamiento indecoroso».<sup>70</sup>

DEUX AMATEURS ENRAGÉS, -- par LAMOUCHE

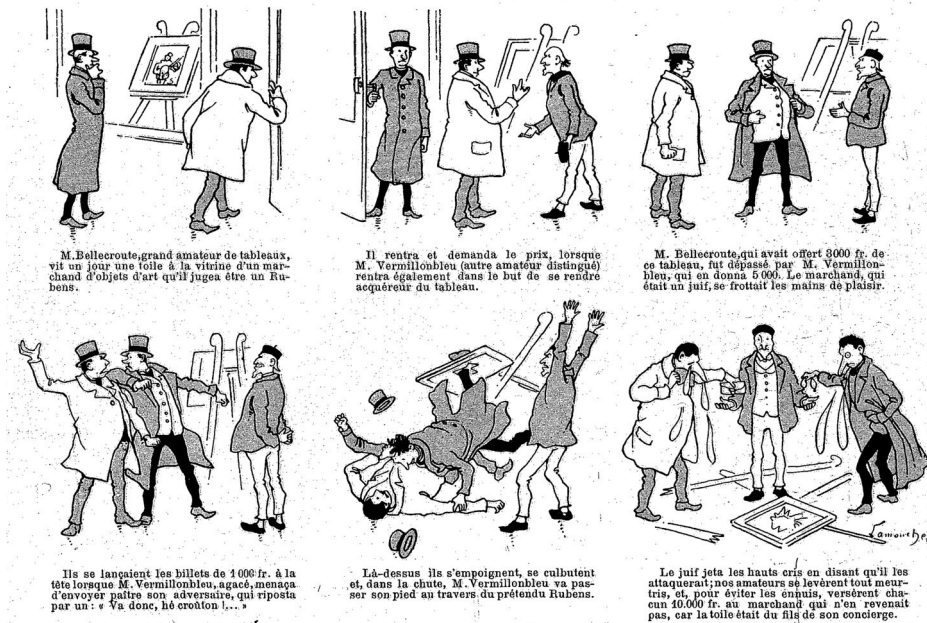


FIGURA 8. Oscar Lamouche, «Dos aficionados enfurecidos», *La Caricature*, 21-1-1888, pág. 22

Hay veces que la obsesión por conseguir la pieza deseada se vuelve en contra de quien la persigue. En una historieta ilustrada publicada en *La Caricature*, dos caballeros se disputan un supuesto Rubens, hasta llegar a las manos,

68. *Almanach de L'Esquella de la Torratxa*, 1-1-1892, pág. 83.

69. Luis Montero, «Un ladrón original». *Buen Humor*, 25-7-1926, pág. 16.

70. Ernesto Polo, «Las estúpidas manías de la humanidad». *Buen Humor*, 13-4-1930, pág. 1.

ante la pasividad del vendedor, un marchante judío: el cuadro se rompe durante un lance de la refriega, así que ambos se ven obligados a pagarla, para satisfacción del judío, ya que el lienzo había sido pintado por el hijo de su portero.<sup>71</sup>



FIGURA 9. Eugène Le Mouël. «Coleccionistas», *La Caricature*, 23-5-1896, pág. 165.

Para subrayar su rareza, el humor gráfico destaca el afán del coleccionista por reunir objetos inusitados. Por ejemplo, en Francia, faltas de ortografía de Carlomagno, Madame de Sevigné o Napoleón, o el mango de una sartén galorromana, subastado en quinientos francos;<sup>72</sup> o, en Cataluña, «un estornut de Don Jaume!».<sup>73</sup>

71. Dibujo de Oscar Lamouche. *La Caricature*, 21-1-1888, pág. 22.

72. Dibujo de Eugène Le Mouël. *La Caricature*, 23-5-1896, pág. 165.

73. Dibujo de Frederic Masriera Vila, *Fricus. Cu-Cut!*, 6-2-1908, pág. 92.



FIGURA 10. Frederic Masiera Vila, *Fricus*. «A cal antiquari». *Cu-Cut!*, 6-2-1908, pág. 92.

Uno de los motivos que tanto en la literatura como en el humor también revelan la rareza del coleccionista es su interés hacia las piezas antiguas por el mero hecho de serlo. Es el caso del personaje de *La Regenta* Saturnino Bermúdez, arqueólogo y etnógrafo, que ama la Antigüedad por sí misma.<sup>74</sup> Un anticuario contempla en la Sala Parés un cuadro de tonos oscuros y dice: «Preciós quadro... És antic, veritat?». Cuando le advierten de que es moderno, le parece una lástima. «Semblava una obra bonica».<sup>75</sup> En una viñeta se ve a dos caballeros que preguntan a un anticuario por «lo más antiguo, lo más raro que tenga en la casa». Este se dispone a llamar a su mujer.<sup>76</sup>

74. Gold, 1992: 1290.

75. *Almanach de L'Esquella de la Torratxa*, 1-1-1891, pág. 27.

76. Dibujo de José Robledano. *Buen Humor*, 5-2-1922, pág. 11.



FIGURA II. José Robledano. «En casa del anticuario», *Buen Humor*, 5-2-1922, pág. 11.

La rareza hace que un coleccionista de sellos no tenga uno para franquear una carta;<sup>77</sup> o que el hambriento visitante de una colección de platos de cerámica prefiera un plato de judías.<sup>78</sup>

### Anticuarios farsantes

En *Los españoles pintados por sí mismos* se hace una durísima sátira del anticuario, un individuo que «no pertenece a la época en que vive». Paradójicamente,

77. *Buen Humor*, 24-11-1929, pág. 21.

78. *Gutiérrez*, 5-4-1930, pág. 15.

se le relaciona con las destrucciones revolucionarias —y en concreto con la francesa—, de las que saca provecho. Se le presenta como una personalidad farsante que conserva objetos extravagantes e imposibles de personajes y momentos históricos. Se subraya el desorden de su armería y los «lienzos colosales suciamente embadurnados» de su Museo de Pinturas: «Para él solo hay belleza donde hay antigüedad».<sup>79</sup>

El teatro catalán cuenta con dos obras protagonizadas por anticuarios —en las que aparecen burlados—, sin duda relacionadas con el auge del anticuariado y del coleccionismo en Cataluña desde fines del siglo XIX. La primera de ellas es *L'Antiquari del Putxet*, comedia en un acto de Joaquim Ayné Rabell y Ramon García Blahà, que se estrenó en el Teatro Romea de Barcelona el 23 de marzo de 1897. El anticuario objeto de la broma —supuesto experto en antigüedades y no un ropavejero— se llama Mariano Golorons y es «president de l'Academia Arqueològica del Putxet». Afirma tener «un bon nas... un nas arqueològic de primera flaire». Cuando el personaje de Quico escucha que arqueología significa «objectes vells» dice: «Deu ser el president dels Encants». Sospecha de la existencia de «varies rajoleries romanes a Sant Cugat del Vallès». En el jardín encuentra un cuchillo etrusco que puede competir con el gusto de los bizantinos y asegura que un campo próximo perteneció a Julio Cesar y que Diocleciano, Calígula y Marco Bruto habían pasado por allí. Lo confirma con un fragmento de porcelana donde aparecen las iniciales J. y C. Su interlocutor lo desmiente: «Les meves... Joseph Cargol». Pero él insiste: «Julio César... això no falla!».<sup>80</sup>

La otra obra es el sainete *A ca l'antiquari*, de Santiago Rusiñol, estrenado el 15 de marzo de 1917 en el Teatre Novetats de Barcelona: «Plena d'humor i ironia, aquesta obra s'ocupa del món del colleccionisme fent un retrat dels dra-paires esdevinguts antiquaris, dels 'coneixedors' fanàtics de l'art d'un o altre segle, del valor de la pols o del corc, d'estafadors més o menys entranyables i d'algun artista mort de gana».<sup>81</sup> El autor, que, como se sabe, fue un gran coleccionista, «coneix de debò la matèria de què tracta, o siguin les antiguitats, i davant d'una verge plena de tranyines dignificades, no faria com aquells savis arqueòlegs del sainet, que s'equivoquen en vuit segles». La obra contó con un «decorat encertadíssim, de veritat, de llum i de color [...] que no s'assembla de

79. Ilaraza, 1851: 405-413.

80. Ayné i García, 1897.

81. *L'Esquella de la Torratxa*, 23-3-1919, pág. 202.

res a *La Vicaria*»,<sup>82</sup> realizado por Maurici Vilomara i Virgili. Se ambientaba en «una botiga mig d'antiquari mig de drapaire [...]. Per les parets, pel sostre i per tot arreu, allí on càpiguen, objectes vells, apilotats i plens de pols, cornucòpies, arquetes, sants trencats, plats esquerdats, pots d'apotecari, quadros borrosos, etc.». Rusiñol recoge los lugares comunes que desacreditan a los anticuarios, como, por ejemplo, el valor que otorgan a lo viejo por sí mismo. «¿Que no saps que a casa el corc té preu?», dice el *senyor* Sebastià, al principio, cuando la *senyora* Dionisia le confiesa que ha utilizado unas sillas viejas para calentarse; o cuando, al comienzo de la escena IV, el *senyor* Rifà se jacta de que todo lo que no sea del siglo XIII no le interesa. En el desenlace se descubre la falsedad de la virgen románica, que el *senyor* Sebastià pretende vender por tres mil duros al *senyor* Baró, convencido de que es una obra maestra, hasta que Isidret, capaz de fabricar piezas de cualquier época, confiesa que es obra suya.<sup>83</sup>

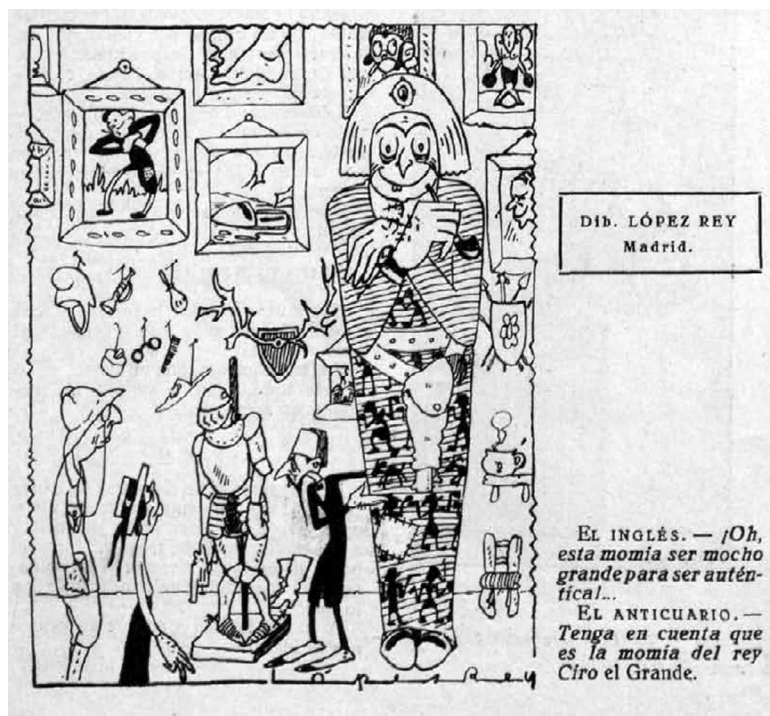


FIGURA 12. Lucio López Rey. «El inglés: Esta momia ser mocho grande...», *Buen Humor*, 28-10-1923, pág. 12

82. *El Teatre Català*, 24-3-1917, pág. 193.

83. Rusiñol, 1956: 1224-1235.



EL ANTICUARIO DISTRAÍDO, galindada, por GALINDO  
—¡Qué bárbaro! ¡En cuanto no me afeito un día, cómo se me nota!

FIGURA 13. Federico Galindo. «El anticuario distraído», *Gutiérrez*, 22-9-1934.

En el humor gráfico son frecuentes, desde los años veinte, los chistes sobre anticuarios, siempre caracterizados como negociantes dispuestos a engañar a sus clientes, mucho más si se trata de extranjeros, como el inglés que encuentra demasiado grande la momia que le ofrecen como para ser auténtica; el anticuario advierte que es la de *Ciro el Grande*.<sup>84</sup> Raro es el anticuario distraído como el que confunde un retrato de Goya con un espejo en el que él mismo se ve reflejado,<sup>85</sup> que acaso haya que tomar, no obstante, como una sátira de su anacronismo.

84. Dibujo de Lucio López Rey. *Buen Humor*, 28-10-1923, pág. 12

85. Dibujo de Federico Galindo. *Gutiérrez*, 22-9-1934, pág. 7.

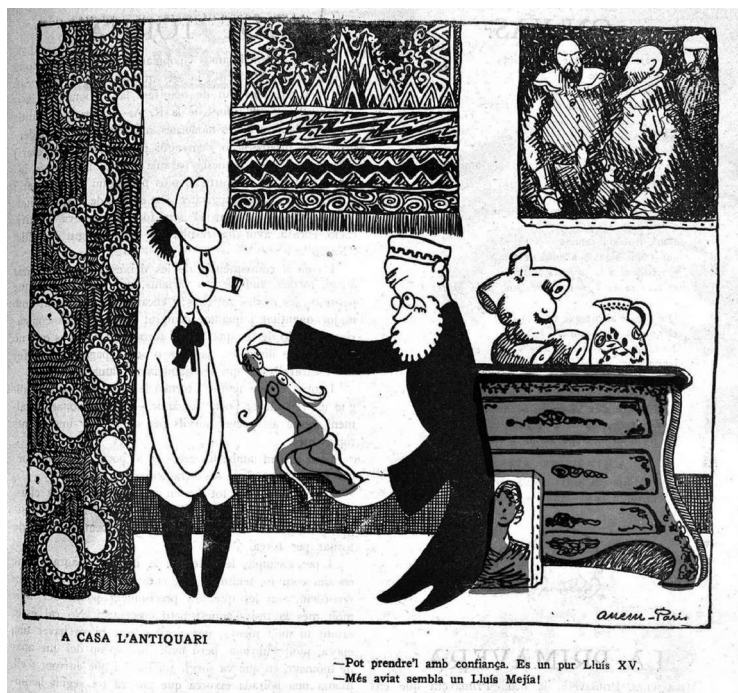
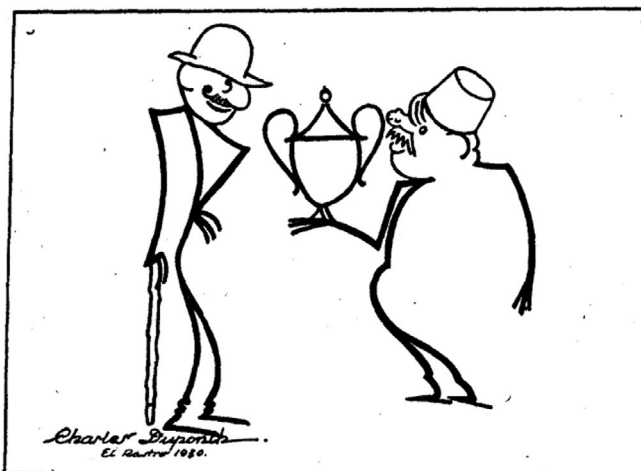


Figura 14. Lluís Elias Bracons, «A casa l'antiquari», *L'Esquella de la Torratxa*, 15-4-1927, pág. 249.



EL ANTICUARIO.—Esto es un precioso jarrón de antaño, del siglo XV.  
EL COMPRADOR.—Bueno; en qué quedamos, ¿es del sig'o XV o es d'estaño?  
FIGURA 15. Charles Duponth. «El anticuario: Esto es un precioso jarrón...», *Gutiérrez*, 28-II-1931.

En general, suscitan recelos. Un comerciante de antigüedades ofrece al comprador una esculturita que asegura pertenecer a la época de Luis XV, pero a este le parece más bien un Luis Mejía,<sup>86</sup> en referencia al engañador personaje del Tenorio. Otro tipo muestra un revólver del tiempo de los romanos, pero la clienta le advierte que entonces no se usaban; no obstante, el anticuario se reafirma: «¡Por eso le digo que es muy raro!». <sup>87</sup> El anticuario ofrece «un precioso jarrón de antaño, del siglo XV», pero el comprador pregunta si es del XV o es de estaño. <sup>88</sup>

Para hacer creíble el engaño es importante que los vendedores sean avezados, como el joven con pretensiones de convertirse en dependiente, a quien el anticuario muestra la manecilla de un reloj; le pregunta lo que es y este res-

ponde que un mondadientes de Napoleón, con lo que demuestra la habilidad requerida. <sup>89</sup> En ese sentido, la vinculación de los objetos triviales con personajes históricos famosos es habitual. La mejor casa de antigüedades de Madrid, conocida por El Chisme Artístico, anuncia «objetos verdadera y sensacionalmente valiosos para el coleccionista», como «los calzoncillos de bayeta amarilla del asistente del Cid Campeador [...], la espina de una merluza de Garibaldi [...] [o] una esquila de Julieta a Romeo». <sup>90</sup>

Lo que no existe se fabrica *como antiguo*. Una pareja desea saber si la silla que le ofrecen es de época; el vendedor asegura que todos los muebles que se fabrican son anti-



FIGURA 16. Carlos Tauler. «El anticuario», *Buen Humor*, 20-II-1927, pág. 17.

86. *L'Esquella de la Torratxa*, 15-4-1927, pág. 249.

87. *Buen Humor*, 16-9-1928, pág. 21.

88. Dibujo de Charles Duponth. *Gutiérrez*, 28-II-1931.

89. *Buen Humor*, 4-9-1927, pág. 2.

90. *Muchas Gracias*, 30-8-1930, pág. 6

guos.<sup>91</sup> Igualmente, un anticuario al que le preguntan por jarros fenicios promete fabricarlos, si lo desea.<sup>92</sup>

Al igual que los coleccionistas, los vendedores de antigüedades son reacios a bajar los precios: un anticuario particularmente desaliñado se resiste a ceder sus *goyas* por quinientas pesetas y reprocha al cliente que solo quiera *gollerías* (cosas superfluas);<sup>93</sup> otro pide tres mil por unos marcos redondos y la clienta le reprocha que se crea que son barítonos (en alusión al barítono Marcos Redondo).<sup>94</sup> En ambos casos, el humorista recurre a un juego de palabras.

El humor es sensible a las controvertidas ventas al extranjero de bienes patrimoniales. Con el pretexto de que el Greco que el anticuario pretende vender a un inglés no salga de España, se lo cede más barato a un español.<sup>95</sup> Evidentemente, no es un Greco: parece una pintura moderna a la que el humorista concede poco valor.

## Referencias bibliográficas

- ALAS, Leopoldo (1974). *La Regenta*. Madrid: Alianza.
- AYNÉ RABELL, Joaquim; GARCÍA BLAHÀ, Ramon (1897). *L'Antiquari del Putxet*. Barcelona: Biblioteca Lo Teatre Regional.
- BARÓN THAIDIGSMANN, Javier (2001). «Leopoldo Alas Clarín y las artes plásticas». *Clarín y su tiempo. Exposición conmemorativa del centenario de la muerte de Leopoldo Alas (1901-2001)*. Oviedo: Cajastur-Fundación Ramón Areces.
- BASKETT, John; SNELGROVE, Dudley (1977). *The Drawings of Thomas Rowlandson in the Paul Mellon Collection*. Londres: Barrie & Jenkins.
- BASSEGODA, Bonaventura (2010). «El colleccionisme d'art a Barcelona al segle XIX». En: Llovera Massana, Xavier (dir.). *Ànimes de vidre: les colleccions Amatller*. Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- DHAINAULT, Jean-Pierre (1999). *Les Humoristes, 1830-1930*. París: Les Éditions de l'Amateur.
- EARLE, Peter G. (1967). «Torquemada: hombre-masa». *Anales galdosianos* II, pág. 29-42.
- ESPINOSA MARTÍN, Carmen (comis.) (2013). *Caricaturas. Ilustradores de los siglos XIX y XX en la colección Lázar*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano.
- FURIÓ, Vicenç (2008). *La imatge de l'artista. Gravats antics sobre el món de l'art*. Girona: Fundació Caixa Girona.

91. Dibujo de Carlos Tauler. *Buen Humor*, 20-II-1927, pág. 17.

92. *Buen Humor*, 19-I-1930, pág. 9.

93. *Gutiérrez*, 14-5-1927, pág. 20.

94. *Gutiérrez*, 23-2-1929, pág. 18.

95. *Gutiérrez*, 14-7-1928, pág. 24.

- GARCÍA RAMOS, Antonio (2009). «Panorama de la enfermedad infantil en Galdós». *Tonos. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, XVIII, núm. 18, pág. 1–29 [en línea]. <https://www.um.es/tonosdigital/znum18/secciones/estudio-10-galdos.htm> [consulta: 7 diciembre 2021].
- GODFREY, Richard (dir.) (2002). *James Gillray. The Art of Caricature*. Londres: Tate Publishing, pág. 198, 200.
- GOLD, Hazel (1992). «De paso por el Museo: sociedad y conocimiento en *La Regenta* de Clarín». Antonio Vilanova (ed.). En: Vilanova Andreu, Antonio (coord.). *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas Barcelona, 21–26 de agosto de 1989*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, vol. 2, pág. 1285–1294 [en línea]. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmck0932> [consulta: 12 noviembre 2021].
- GUÉDRON, Martial (cop. 2011). *L'art de la grimace. Cinq siècles d'excès de visage*. París: Hazan.
- GUTIÉRREZ GARCÍA, Ángeles (2017). *Imagen femenina en la literatura española del último tercio del siglo XIX, de Benito Pérez Galdós a Emilia Pardo Bazán* (tesis doctoral). Murcia: Universidad de Murcia [en línea]. *Digitum*. <http://hdl.handle.net/10201/65939> [consulta: 7 diciembre 2021].
- HOFMANN, Werner (1958). *La caricature de Vinci à Picasso*. París: Aimery Somogy.
- ILARRAZA, Manuel de (1851). «El anticuario». *Los españoles pintados por sí mismos*. Madrid: Gaspar y Roig.
- INGELMO, Joaquín (2007). «La infancia frente a los hechos de la vida: Los sueños en los personajes infantiles de las novelas contemporáneas de don Benito Pérez Galdós». *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente* núm. 43–44, pág. 17–45 [en línea]. <https://www.seppna.com/documentos/articulos/ingelmo-infancia-frente-hechos-vida.pdf> [consulta: 12 noviembre 2021].
- ISLA GARCÍA, Virginia (2014). *La representación del artista como creador en la narrativa española peninsular del Romanticismo al Modernismo* (tesis doctoral). Valladolid: Universidad de Valladolid [en línea]. *UVa. Repositorio Documental*. <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/4986> [consulta: 7 diciembre 2021].
- NOGUÉS Y MILAGRO, Romualdo (1890). *Ropavejeros, anticuarios y coleccionistas, por un soldado viejo natural de Borja*. Madrid: Tip. de Infantería de Marina.
- ORTOLL, Ernest (coord.); FONTBONA, Francesc; NADAL, Jordi de et al. (2016). *Caricatures de la Barcelona vuitcentista: donació Joaquim de Nadal d'obres de Josep Parera (1828?–1902): del 12 de maig al 25 de setembre del 2016* (catálogo de la exposición). Barcelona: Ajuntament de Barcelona – Quaderns del Museu Frederic Marès, Exposicions, 20.
- PASSERON, Roger (1979). *Daumier. Témoin de son temps*. Friburgo: Office du Livre.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1885). *Lo prohibido*. Madrid: Imprenta y Litografía La Guirnalda.
- (1889). *La incógnita*. Madrid: Imprenta de la Guirnalda.
- (1892). *Tristana*. Madrid: Imprenta de la Guirnalda.
- (1893). *Torquemada en la cruz*. Madrid: Imprenta de la Guirnalda.

- (1920). *Torquemada en el purgatorio*. Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando.
- (1923). *Obras inéditas*. Vol. I. *Fisonomías sociales*. Madrid: Renacimiento.
- (2003). *Obras completas*. Madrid: Santillana.
- PICÓN, Jacinto Octavio (1915). *Dulce y sabrosa*. Madrid: Renacimiento.
- ROBINSON, Terry F. (2017). *Eighteenth-Century Connoisseurship and the Female Body* [en línea]. <https://www.oxfordhandbooks.com/view/10.1093/oxfordhb/9780199935338.001.0001/oxfordhb-9780199935338-e-139> [consulta: 12 noviembre 2021].
- RUDHERIQ AL-MAGHERITÍY (pseudónimo de Eduardo de Mariategui) (1872). «El coleccionista». En: Antonio Alcalde Valladares (y otros). *Los españoles de ogaño. Colección de tipos de costumbres dibujados a pluma*. Tomo I. Madrid: Victoriano Suárez.
- RUSIÑOL, Santiago (1956). *Obras completas*. Barcelona: Selecta.